



JUAN SEBASTIAN Bach, de joven...

# MOZART, EL MÚSICO DE DIOS

Daniel DUENAS

**E**STE año de 1956 conmemoramos el segundo centenario del nacimiento de uno de los hombres más pasmosos que registra la historia del arte de todas las épocas: Wolfgang Amadeus Mozart, a quien algún crítico ha llamado, no sin justicia, "el músico de Dios".

La figura histórica y musical de Mozart no puede quedar contenida dentro de los estrechos límites de un artista común: rasgos hay en él que lo hacen más universal y más sobrehumano que la mayoría de los grandes músicos. Mozart parece haber recibido, como en gracia carismática, todos los dones que constituyen la naturaleza angélica, puramente espiritual, del hombre. En pocos otros se podría encontrar tal acopio de facultades y de facilidades conjuntamente. No sólo sorprende por la versatilidad y magnificencia de muchas de sus composiciones, sino que aterra pensar que toda la inmensa masa de producción creadora que su obra implica fue escrita dentro del efímero marco de una vida de menos de cuarenta años y en medio de las condiciones más adversas a la inspiración y a la concentración.

En Mozart se da el tipo del artista nato, ingénito, que no tiene que obedecer a los dictados de los preceptos comunes y que se desarrolla plenamente en todas sus facetas (y de manera extraordinariamente original) para dar como resultado imperecedero de su actividad de creador una de las obras musicales más brillantes y hermosas de todos los tiempos.

Mozart se acerca, a nuestro modo de ver, al mundo de lo religioso, no sólo en sus composiciones directamente relacionadas con la esfera de lo ultraterreno, sino en muchas de sus obras que podrían considerarse a simple vista como profanas. Mozart, al través del mundo estético que crea, obtiene como resultado una mística propia, de tipo personal, original y autónoma que solamente encontraría una comparación exacta dentro de las visiones de muchos de los místicos y religiosos de la historia.

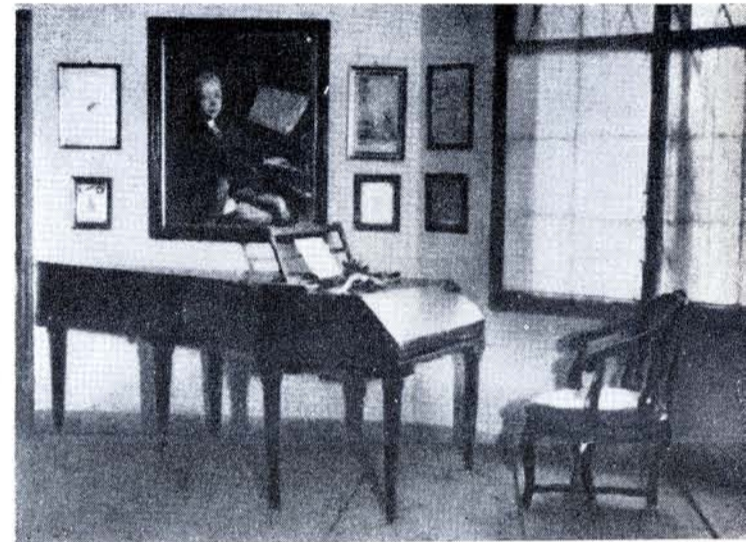
En Mozart, en efecto, encontramos que la misión musical que señaló su obra por todos los días de la Humanidad tiene, extraña y paradójicamente, un nexo íntimo y una trabazón directa con el mundo de lo religioso (sin que ello implique un credo determinado, en muchos casos, aunque en la mayoría de sus composiciones, profanas y religiosas, parece advertirse una franca vinculación con el mundo de las religiones nacidas del judaísmo y del cristianismo), pero religioso entendido a la manera rilkeana, es decir, un universo autónomo del arte, entendiéndolo éste como un medio de relación (recuérdese la etimología que se presenta para la palabra religión: atadura, lazo, nexo, vínculo), entre el hombre y las fuerzas que le son superiores, los mundos en que, muchas veces sin percatarse de ello, se encuentra ubicado. La relación de lo divino y lo humano, es decir, la entraña misma de lo místico, sobre todo, el desiderátum de lo místico en sentido unitivo, aparece aquí y allá en las obras de Mozart: piénsese solamente en algunos de los momentos más inspirados de los *Cuartetos Milaneses*,

en muchas partes del *Réquiem* y claro está, en fragmentos maravillosos de la *Zauberflöte*.

Ahora bien, a diferencia de César Franck (atormentado siempre por su condición miserable de mortal, de ser contingente y, en el sentido cristiano, pecador), Mozart se enfrenta de manera más optimista con el mismo problema de la relación; en Mozart la relación o ligazón que media entre lo divino y lo humano, entre Dios y el hombre llamado Wolfgang Amadeus Mozart, parece expresarse completamente y agotarse en un *fruehdum* (que San Agustín señalaba como una de las características de la mística), esto es, en un disfrutar de los bienes o de las visiones (podría pensarse en una plástica de la mística musical de Mozart) que le son comunicados de manera carismática y que hallan su hermosa y perfecta expresión en los mundos sonoros de Mozart. El dolor de estas relaciones (que tantos ayes atormentados ha hecho resonar en la lírica de muchos místicos de todas las latitudes) se transforma milagrosamente en el alma mozartiana para convertirse tan sólo en un himno de alabanzas al supremo reino de la belleza absoluta. Mozart aborda el problema solamente desde el punto de vista estético, considerando que la consecución perfecta de la idea de Dios en los hombres debe forzosamente encontrarse en los linderos de lo bello y no puede excederlos.

Muchos críticos han hecho extensos comentarios y han aducido pruebas innumerables respecto a los nexos que tuvo Mozart con la masonería y, en efecto, hay recopilaciones de la música que Mozart escribió para los diversos actos religiosos de los masones (incluso existe una grabación de la misma, bajo el nombre de *Masonic Music*) y en *La Flauta Mágica* hay numerosos símbolos típicamente masones y, en general, la trama misma de la obra tiene un sentido oculto para la mayor parte de la gente, sentido que se deriva de las doctrinas de la masonería. Empero, la calidad de masón que pudo tener Mozart tiene poca importancia desde un punto de vista más amplio y elevado puesto que solamente indicaría las modalidades de su fe religiosa, sin que esto tenga ninguna relación con los atisbos místicos que pudieron hallar cabida en sus expresiones artísticas. Que Mozart llamara al Dios en que creía *el Gran Arquitecto* o que tuviera fe en el Jesús de los cristianos comunes, tiene poca trascendencia cuando se piensa tan sólo en la trabazón afectiva y humana que puede existir entre el hombre y su creador.

A nuestros ojos, por ende, la figura de Mozart representa una etapa sui generis en la evolución del pensamiento místico-religioso de la música, etapa que quizá ha sido poco considerada por la mayoría de los críticos, atentos sólo a considerar a Bach, a Haendel, a Franck y a otros músicos más directamente (mejor dicho, más obviamente) conectados con el problema; empero, Mozart podría considerarse como el músico religioso que ve en las relaciones con Dios el florecimiento y origen absoluto de lo bello: la belleza es imagen de Dios y del hombre en Dios, de Mozart en Dios.



SU MÚSICA es la imagen de Dios: de Mozart en Dios.

EN MOZART se da el tipo de artista ingénito, nato.

